

Marcos Victorica

INSPIRACIÓN

ZEN

Send 

Mensajes del futuro

RELATOS  
DELDRAGÓN



Inspiración zen... *Send*

# **Inspiración zen... *Send*** Mensajes del futuro

Marcos Victorica

# Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prólogo de Fabiana Daversa

Introducción

Parte I. Así en la Tierra...

*Auf Wiedersehen Deutschland*

A mi padre, que me dio dos madres

El amor eterno que nunca existió

Violación de domicilio

Memorias de un feto

El amigo menos pensado

Las puertas de la trascendencia

Pobres ricos y ricos pobres

Hasta aquí llegó mi amor

Parte II ... como en el Cielo

El planeta des-almado

Confesiones póstumas

La sociedad de los espejos rotos

Modelo Papa Doc. La economía del poder

Diego, el mago del pueblo. De Villa Fiorito a las estrellas

De *Goldfinger* a Goldwing

Diego, el mago de todos. La Mano de Dios y los caretas

Acuario, la era postsexual

Chau, Silvio, te llevás una parte de mi corazón

El ocaso del temor a Dios

Cuando un amigo se va

*Homo malcriadus*

Los contratos ocultos. De Al Capone al Covid

Parte III. Los milagros que no vemos

Diálogo entre la mariposa y el árbol (fábula)

Tecnología de punta. Del *brainstorming* al *soulstorming*

Un mundo fantástico

La fusión de la magia y la ciencia

Epílogo

Victorica, Marcos

Inspiración zen... Send : mensajes del futuro / Marcos Victorica. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Deldragón, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-8322-38-4

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos de Ciencia Ficción. 3. Metafísica. I. Título.  
CDD A863

Diseño de interior: Celina Laura Restelli

Diseño y armado de cubierta: Karina López Hartmann

© 2022, Marcos Victorica

Derechos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo.

© 2022, Ediciones Deldragón  
Grupo Editorial Deldragón  
edicionesdeldragon@gmail.com  
www.edicionesdeldragon.com

Digitalización: Proyecto451

ISBN edición digital (ePub): 978-987-8322-38-4

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

# PRÓLOGO

El escritor turco Orhan Pamuk, ganador del Premio Nobel de Literatura 2006, en su obra *Estambul* sostiene que el misterio del nombre nos asocia involuntariamente con una extraña comunidad que lo porta y que posee afinidades que nada tienen que ver con el carácter o la educación recibida o con el tiempo histórico en el que vivieron sus portantes, sino con el signo cifrado por una combinatoria de letras y números que les otorgan una convergencia, una vibración y, quizás, un designio común.

El evangelista Marcos, discípulo de Pedro y compañero de ruta de San Pablo apóstol, fue autor del más corto de los cuatro libros del Nuevo Testamento. Dicen los estudiosos del tema que es el más preciso en cuanto a localizaciones y detalles de época, razón por la cual lo llamaron El Taquígrafo. Patrono de los notarios y escribanos, contrariamente a lo que creen muchos, Marcos no conoció a Jesús, pero cambió la manera de ver lo sagrado. Los Marcos parecen ser buenos para los números y las letras. El evangelista cuidaba de las cuentas de su amigo Pablo y, en los ratos libres, escribía sobre el cambio de paradigma de una época. Victorica, el nuestro, crea negocios y cuentos que, de manera sorprendente, dos mil años después, también hablan de cambios de paradigma.

Unir Cielo y Tierra fue el eje que lo inspiró a contar experiencias en la piel de Elmer, protagonista que logra entrevistar a Churchill, John Lennon y Maradona, recabando historias de ambos mundos.

Original y a tiempo (lo contrario del destiempo), el autor propone un recorrido por grandes temas de nuestra época: la globalización de la información, en el cuento “La sociedad de los espejos rotos”; la crisis de los valores occidentales, en “*Homo malcriadus*”; la banalización de las emociones, en “Planeta des-almado”, todos con un GPS actualizado, ecléctico y espiritual.

Sumergirse en el universo de Elmer, personaje que me recuerda al protagonista de la serie *El hombre que volvió de la muerte*, del año 1969, protagonizada por Narciso Ibáñez Menta, nos coloca como observadores de un mundo que pide más cambios de conciencia que de tecnología, buenas intenciones antes que grandes inversiones, y un audaz espíritu crítico, que el autor, por cierto, despliega con naturalidad.

Sin la intención de develar el contenido de este libro, atrevimiento que los lectores no me perdonarían, me veo en el compromiso de adelantarles que en más de un cuento verán reflejados sus propios pensamientos; en otros, se sentirán sorprendidos por el escenario improbable, por los interlocutores de “alta gama” que dialogan con Elmer desde el más allá y transmiten sus puntos de vista sobre temas de la actualidad. Un toque de autobiografía, algo de ciencia ficción, humor elegante y creatividad son los ingredientes de esta obra que ojalá tenga hermanos.

Una tarde de primavera en Buenos Aires, años atrás, hablamos de la concreción de este proyecto. Agradezco al Cielo que haya bajado a la Tierra este libro de la mano de Marcos Victorica. Al final, los sueños son semillas que, cuando caen en terreno fértil, suelen volverse jardín, selva o, quién sabe, un hermoso bosque encantado.

1- Fabiana Daversa: escritora y novelista. Especialista en oráculos nórdicos y celta. Autora de *El gran libro de las runas* y *La hermandad de las ballenas*, entre otros títulos.

# INTRODUCCIÓN

Me fui de esta vida hace más de cincuenta años, después de transitar senderos inundados de luces oscuras y sombras brillantes. Como primera generación de inmigrantes judíos alemanes, el comercio y las ciencias exactas pululaban por mi ADN. Terminé obteniendo el título de Ingeniero Mecánico con altas calificaciones.

A medida que el calendario se resbalaba bajo mis pies, las misiones de la vida sin concretar indigestaban mi conciencia. Escondido bajo el alero protector del mañana pensaba “algún día lo haré”, verdadero comodín que cauteriza las deudas del ayer y evapora las responsabilidades del hoy. La vida resulta una experiencia esquizofrénica para un ingeniero como yo, portador de un alma reencarnada varias veces. En mi mundo logarítmico, la razón y el espíritu caminaban en direcciones opuestas. Conclusión: me fui de este mundo con más asignaturas pendientes que tareas completadas.

Mientras viajaba a través de la matriz, atravesando galaxias lejanas que se forman y destruyen en el mismo instante en que se crearon, un ser de luz entró en mi espíritu y me dijo:

—Elmer, es momento de que tomes nuevamente contacto con la Tierra.

—¿Qué sentido tiene mi retorno? —le pregunté.

—Llevar el mensaje que el hombre persiste en olvidar y que lo mantiene encadenado a los límites de la materia — dijo la voz de luz.

Entonces, mi mente comprendió. Era hora de transmitir aquello que había quedado atascado entre el pantano de mis ansiedades y los temores de mi ego.

El desafío era encontrar el canal que difundiera los contenidos. El objeto seleccionado fue el hijo menor de mi vecino, de quince años, en Estación Clara, provincia de Entre Ríos, más precisamente su mano izquierda. Él no sabe qué le está pasando, solo está sorprendido porque repentinamente comenzó a escribir cosas raras. Sus tías viejas y mojigatas lo consideran un milagro. Nadie sospecha que sobre esa mano estoy yo, Elmer, el hijo del rusito de la esquina.

Elegí como género la ficción porque toda ficción es una adaptación escenográfica de la realidad que permite describir lo que la mente no se anima a enfrentar y prefiere desconocer.

—Ya tengo todo organizado —le dije a la voz que no paraba de brillar dentro de mí—. Pero, ¿cuál es la esencia de los contenidos a difundir?

—Son tres —me dijo, y pasó a enumerarlos—: erradicar el pánico al absurdo, aprender a valorar la muerte y comprender que el tiempo es una alucinación de la mente.

—¿Podrías explicarme?

—Claro. Comencemos por el pánico al absurdo: anula la posibilidad de pensar y todo queda encerrado en la jaula de los prejuicios. Como el burro en la noria, mantiene al hombre girando sobre su mismo eje sin posibilidad de escalar a otras dimensiones.

—Es cierto —asentí—, los pensamientos decapitados por el temor al absurdo antes de ver la luz son muchos más de los que logran salir a la superficie.

—El temor a la muerte —agregó de inmediato— es el responsable de promover el terror del que usufructúan por igual las religiones y los falsos profetas. La esperanza de una vida después de la vida es un producto de consumo masivo que se vende a ricos y pobres por igual.

—La muerte es la puerta que abre el paso de un plano a otro —dije—. El terror de pasar al otro mundo comenzó cuando el hombre cayó del Paraíso y olvidó que forma parte del Universo.

—El tiempo, a su vez —me explicó—, es un fantasma creado para huir del vacío que produce la incapacidad para vivir el presente.

Los siguientes cuentos navegan por el absurdo, conviven con la muerte y desintegran el tiempo y el espacio.

Elmer

*Parte I*  
*Así en la Tierra...*

## *AUF WIEDERSEHEN DEUTSCHLAND*

La Primera Guerra Mundial convirtió a mi padre en hijo único. Sus cuatro hermanos mayores fueron partiendo uno a uno al frente de batalla a defender el honor de la patria. Tengo recuerdos bastante vagos sobre esta historia porque papá nunca hablaba de su infancia. En la familia era un secreto a voces que nadie debía aludir al tema; el sonido de las palabras “guerra”, “catorce” o “batalla” generaba una pesada implosión energética. Nadie quería sumergirse en semejante agujero negro, así que simplemente esos términos –y algunos otros conexos– nunca se acercaban a las cuerdas vocales de mi familia.

Con todo, me las arreglé para convertirme en el arqueólogo de mi propia historia. Para lograrlo, fui aprendiendo a leer los mensajes contenidos en los ojos de mi papá. Su luz se había apagado drenada por los sonidos de las bombas, los vientos de la violencia y el silencio aterrador del hambre. Normalmente los ojos son el puente del hombre con el mundo: el ciego sufre el efecto de un puente fallido transformado en pared, y es así como las barbaries de la guerra evaporaron la policromía de la visión de mi padre. A menudo parecía concentrado en mirar la nada, como una lente cuyo foco está más allá del contorno de los objetos.

Pude reconstruir que la convocatoria a la guerra de mis cuatro tíos no fue simultánea. Como un guion de una obra dramática, las cartas de alistamiento llegaron siempre pocos días después de la medalla en reconocimiento al heroísmo del hijo entregado. Mi abuela, después del

enrolamiento de su tercer hijo, cayó víctima de un estado catatónico del cual solo se recuperó para unirse a sus cuatro hijos mayores, en el jardín donde no existen las guerras. Debe haber sido muy duro para mi padre perder en tan poco tiempo a su madre y a todos sus hermanos. De mi abuelo nunca escuché nada. Su figura debe haber sido tan sutil como para que todos los recuerdos lo traspasaran sin dejar rastro de su persona.

La guerra, devastadora lluvia ácida que azotó Europa, fue como una agencia de noticias destinada a difundir esas atrocidades que solo el ser humano es capaz de cometer sobre la faz de la Tierra. Muchas de esas historias nunca vieron la luz, trabadas en la garganta de mi padre. Son invisibles, pero sobreviven como espectros malignos agazapados en el desván del subconsciente. Paria, con su familia fagocitada por la guerra, nombre que se usa para vestir de épica el aquelarre de los odios humanos, solo atinó a subirse al primer barco que salía del puerto de Bremerhaven, su ciudad natal. El relato de su travesía se parece a esos libros rescatados de un incendio con las hojas chamuscadas, otras desaparecidas y muchas ilegibles.

*Las semanas que suceden al fin de una guerra representan una experiencia única, imposible de transmitir y mucho menos de explicar. La gente deambula por las calles con la mirada perdida, algunos lloran y gimen, otros simplemente transportan sus cuerpos pero no están dentro de ellos. El único vencedor es la confusión. Nadie sabe qué hacer o adónde dirigirse; algunos buscan encontrarse con sus seres queridos. Muchos simplemente han perdido los sentimientos en el fragor de la batalla. El tiempo deja de moverse, las figuras se desvanecen y las personas vegetan*

*arrancadas de la realidad. No voy a describir ninguna escena concreta por temor a que el tornado de demencia que azotaba la ciudad en esos días se apropie de mis palabras y me arrastre hacia el abismo de la nebulosa infinita. Abandoné los escombros de mi casa, llevando como todo patrimonio las alianzas de oro de mis padres, un reloj que encontré en la muñeca inerte de un soldado y una pulsera que, según mi madre, estaba en la familia desde el reinado de Carlomagno. Nunca supe el nombre del barco que abordé. En la cocina en la que yo trabajaba o en la sala de máquinas que era mi dormitorio, el navío era un NN. A nadie le importaba su nombre. Tampoco me ocupé de averiguar adónde se dirigía. Zarpas me alcanzaba para dejar el horror a mis espaldas. Para salir del infierno todo destino es bueno.*

—Pase, abono, boletos. Pase, abono, boletos —me despertó la requisitoria del guarda.

—Deme un minuto —le dije— que lo busco en el portafolio.

Mi uniforme y mi cara de dormido eran la prueba del delito. Y el guarda, para colmo conocido de mi familia, no tardó en deshabarme.

—¡Elmer! —me dijo a los gritos—, ¡otra vez haciéndote la rata! ¿No te da vergüenza, mientras tu viejo labura de sol a sol para que estudies?

De vuelta a mi casa, mientras maquinaba los detalles para contar durante el almuerzo mi jornada de colegio, no dejaba de preguntarme si todo esto fue un sueño, arrullado

por la melodía de los durmientes, o si realmente alguna vez escuché esta historia de boca de mi padre.

## A MI PADRE, QUE ME DIO DOS MADRES

Mucho antes de saber que me llamaba Elmer descubrí que quien me daba de mamar no era quien me hacía dormir. Para un bebé la existencia pasa por mamar, digerir y dormir. Todo transcurre en un breve ciclo de tres horas donde tiene lugar la pulsión dolorosa del hambre, el arrullo sereno que conduce al sueño y finalmente la interacción sensorial que comienza con la deposición y culmina durante el cambio de pañales. Yo sentía una gran conexión con la persona que me proveía el alimento, pero la seguridad y la paz me la brindaban otras manos.

Me llevó un par de años comprender lo que significaba esa dicotomía que mi olfato y mi lengua me transmitían. La vida era para mí un continuo devenir destinado a dormir, llorar y manejar los hilos de este muñeco, bastante torpe, que rodeaba mi cerebro y delimitaba mi alma.

Cuando fui creciendo, entendí que esa línea continua se llamaba “tiempo”, y su prolongación, “vida”. Pero esas conceptualizaciones estaban muy lejos de los paisajes por donde retozaba mi mente. Mi cerebro solo estaba obsesionado con absorber nutrientes y establecer interconexiones neuronales.

Cuando cumplí tres años comencé a preguntarme por qué había bajado a un hogar tan traumático. Descubrí que mi familia estaba marcada por historias karmáticas que habitualmente no “visten las mesas de otros hogares”.

Mi padre era inmigrante, único sobreviviente, en su familia, de la guerra. Logró guardar sus heridas debajo de la piel. Ni los recuerdos desgarradores de su infancia ni las

frustraciones propias del recién llegado lograron borrarle la sonrisa. Su rostro estaba siempre listo para darle la bienvenida a cualquier mirada que se cruzara. La combinación de perseverancia, ética y visión le permitieron sumar al éxito económico una larga lista de amigos. Pobres y ricos, doctores y analfabetos, todos disfrutaban de su compañía. Era una de esas personas que caen bien donde llegan. Un tipo angelado.

Mi madre, hija de inmigrantes, quedó huérfana antes de cumplir veinte años. Era una persona de una nobleza admirable, vocación social y profundas convicciones religiosas, como lo prueba mi existencia en este mundo. Un embarazo a los cuarenta y cinco años hace más de medio siglo auguraba una muerte casi segura para la madre.

La opinión profesional era unánime: “Señora, interrumpa el embarazo, su vida corre peligro”.

A Dios rogando y con el mazo dando. Más allá de su fe, la gestación implicó nueve meses sin levantarse de la cama. En comparación con el encierro por la pandemia de COVID, se asemeja a un viaje al Paraíso. Sin embargo, la historia, desalmada, ya había dibujado surcos indelebles en su personalidad. Las penas y el abandono que la visitaron desde su llegada a este mundo fueron demasiado para la resistencia de su sistema nervioso. Encima cargaba con el karma de la persecución religiosa que ya comenzaba a corroer Europa.

Ese ángel que me dio la vida, a riesgo de la suya propia, no estaba en condiciones de criarme, pese al amor incondicional que me profesaba. Mi desarrollo y maduración requería de otro ángel para arropar mi entrada al mundo. Y ese ángel ya estaba esperándome, con sus alas aún sin desplegar, su tez morena y su tonada norteña.

María había llegado proveniente de los montes tucumanos con sus diecisiete años, su mirada vivaz y su voluntad de progreso. Su familia, de trabajo y sólidos principios, no tardó en tomar contacto con mis padres para asegurarse el cuidado de la jovencita en el deslumbrante mundo de la Capital. La recién llegada fue penetrando en el corazón de la familia. Fruto de ese capullo mágico que teje el Universo entre ciertas almas, mis padres pasaron de ser patronos a tutores. Sus salidas y paseos eran monitoreados con el celo propio de la época para una niña de su edad.

Pocos años antes de mi nacimiento, gracias a que la prosperidad se había hecho paisana con mi padre, la familia había logrado mudarse del campo a la Capital, a un departamento ubicado en Palermo Viejo, como se lo denomina hoy. Julián Álvarez, pasaje Voltaire, Cabrera, calles donde el barrio era el rey. El calor sacaba la gente a la vereda a fresquear en el atardecer y, mate mediante, conversar con los vecinos sobre el noticiario, el último capítulo de la radionovela de *El Mundo*, o las maravillas de la heladera Siam.

Una vivienda de dos dormitorios con habitación de servicio (noventa y cinco metros cuadrados) era suficiente –pero ajustado– para dos hijas, sus padres y la empleada. No había espacio para más ocupantes. Cartón lleno, *sold out*. Pero la historia, burlona, tenía preparada una sorpresa. Un día, mi madre fue a visitar al ginecólogo para anunciarle la llegada de la menopausia, dada su avanzada edad.

—Señora, usted está embarazada —fueron las palabras del Dr. Shwanger, del Hospital Alemán, por supuesto.

—¿Doctor, puedo usar el teléfono? —dijo con voz entrecortada mamá.